

## ALGUNAS COSAS.

Texto de PAU LAGUNAS para la exposición "L'escola invisible".  
Tallers de la QUAM. Barcelona. 1995 .

Alguien dijo que de las cosas no nos queda más que un murmullo perpetuo, una lucecita titilante que se asemeja al vacilar de la memoria.

Uno toma su mochila o su cuaderno e inaugura la senda del reconocimiento, el tránsito por el mundo de las cosas ínfimas, y se percata de que quizás sea éste el único lugar - junto a las palabras - capaz de prometer una *terra incognita*, capaz de devolvemos el cuerpo de las grandes ideas y de las grandes pasiones.

Recogemos conchas en las playas, piedrecitas, cortezas de árbol en los bosques, billetes de tren usados, postales y fotografías, y creemos que con esos simples fetiches nos bastamos para fortalecer el duro ejercicio de recordar, de sacar a la luz todo el polvo de nuestras navegaciones.

Jesús Palomino construye con sabiduría esos recuerdos porque sólo él conoce esos viajes, recupera las olvidadas estrategias de la partida decimonónica hacia ninguna parte. Y así, sin esa ciega fe que tanto se prodiga en nuestros días hacia los artilugios de la ciencia, Palomino construye una cartografía idílica que le sirve - y pretende que también nos sirva a nosotros - de soporte para una memoria futurible, para un espacio generoso en el que desplegar cartas astrales y en el que poder magnificar los surcos que recorre la mirada ávida del quiromante.

Pero ocurre, contra lo que pudiésemos pensar sobre su obra, que no todo es voluntad intimista ni creer que desde la propia individualidad el mundo se proyecta como representación de uno mismo. Hay un gran esfuerzo - paralelo y poco conocido para los que descubran ahora a este artista- que supera los límites de cualquier espacio convencionalmente "expositivo". A esa vertiente de *savoir faire* - de trabajador pulcro y meticuloso - se contraponen un esfuerzo de proyección que se instala en los espacios de la ruina; me refiero a esas arquitecturas deterioradas por la desidia del hombre, a esos lugares de intensa sugestividad a los que Palomino accede con una carga ligera para poder presumirnos - sin interferencias - arqueólogos de lo anónimo.

Instalaciones como las realizadas en las antiguas cocheras de Renfe (Cuenca, 1993) o en los olvidados depósitos de trenes de San Jerónimo (Sevilla, 1995) dan fe de su voluntad por sobrepasar los límites del objeto, que son en cierta medida los límites de uno mismo. Su fórmula es bien sencilla, basta con precipitar sobre la alquimia del espacio ese vaho que retiene las ensoñaciones y también el murmullo perpetuo de las palabras.

Posiblemente encontréis un día a este artista, corriendo tras un vehículo a motor, intentando cazar al vuelo un papelito arrastrado por la corriente. Y le veréis volver jadeante para deciros: - " ¿Veis? Este es el color. Lo había olvidado pero era exactamente éste. El color de la tierra que un día pisé." -

El esfuerzo que se concentra en esos "papelitos" podría parecerse gratuito si aún leyendo a través de los aceites ignorásemos la velada tensión que accede a lo minúsculo. Y es que cualquier viajero curtido debería contemplar la posibilidad de verse un día capturado, de sentirse presa de un mundo que le desborda y donde no queda más lugar que seguir avanzando, que aprender nuevas lecturas, para inaugurar nuevos caminos en las direcciones más obtusas. Resolver el propio enigma sólo dependerá entonces de nuestros antecedentes.

Viendo las intenciones de Jesús Palomino adivinamos que palabras y cosas acceden a reunirse y a convocar la justa presión para que todo fluya en una epifanía corpuscular. Allí donde cada una de sus obras - cosas son - accede a la inadvertencia y rehuye de un mundo que tiende al hastío, encontraremos el aliento necesario para recordar - insisto - y para deducir un porvenir que se avecina igualmente cargado de supuestos narrativos.

Pau Lagunas.